



# Capítulo 1

1922, San Servando, Cádiz, sur de España

Pocos eventos son capaces de alborotar tanto un barrio como la llegada inesperada de nuevos vecinos. Y el limitado microcosmos conformado por las elegantes casas que bordeaban la Alameda de los Naranjos no podía ser una excepción.

Por ese motivo, aquella mañana cálida y perfumada de finales de primavera, todos sus residentes se encontraban fisgando desde las ventanas con evidente curiosidad, tratando de atisbar qué se cocía en la casa que ocupaba el número catorce.

La que otrora había sido la residencia de los Somosaguas, un enorme edificio de dos pisos y ornamentada fachada isabelina en piedra ostionera y color bermellón, bullía de actividad. Apenas un par de días antes, un buen número de personal de servicio se había dedicado a abrir puertas y ventanas para ventilar y retirar el polvo y las telarañas que se habían ido acumulando durante los más de dos años que llevaba cerrada. Justo el mismo tiempo que había transcurrido desde que Candelita Somosaguas se casara con un

adinerado señorito de campo y se llevara a sus padres a vivir con ella.

San Servando era una cautivadora pequeña ciudad enclavada entre marismas, caños y salinas. Muy pequeña —de hecho, que no se la considerara un pueblo no era más que una mera formalidad resultado de que, unos cien años atrás, el monarca de turno decidiera otorgarle el título honorífico de ciudad—. La pintoresca villa, que se beneficiaba del clima privilegiado del sur de la Península, estaba rodeada de playas que daban tanto a la bahía como al océano. Además, poseía un encantador centro neoclásico en forma de retícula surcado de cabo a rabo por la hermosa calle Real, en la que habían florecido durante el último siglo las casas señoriales de aquellos que elegían las bondades de San Servando como residencia de verano o incluso durante de todo el año.

Y justo allí, en el corazón de la ciudad, se erigía la Alameda, con su templete y sus zonas de paseo entre palmeras, jacarandas, palisandros y, por supuesto, naranjos, dando cobijo a siete de los caserones más distinguidos de San Servando.

Las campanas de bronce de la Iglesia Mayor repiqueteaban al son del mediodía en el preciso momento en el que la joven Cala Torrealta regresaba a casa con su inconfundible andar sereno. La muchacha tuvo que frenar en seco al encontrar la calle que rodeaba la Alameda, y que separaba la avenida destinada al paseo de las entradas de las casas, bloqueada por grandes vehículos repletos de muebles y mozos escandalosos que se dedicaban a descargarlos para darles acomodo en su nuevo hogar.

Cala resopló con evidente cansancio. Sus pies se resentían porque había estado trabajando desde muy temprano ayu-

dando a Blas, el practicante, en su consultorio, sin poder sentarse ni un solo segundo. Allí se dedicaba sobre todo a hacer inventario y, con suerte, a poner alguna que otra vacuna; labores para las que una enfermera titulada como ella estaba más que cualificada y que eran mucho más tediosas que las que llevaba a cabo cuando estaba en el hospital. Claro que ella rara vez solía quejarse de esto ni de casi nada, porque, aunque no era el de sus sueños, al menos tenía un trabajo.

Aquella mañana, cada vecino que se había acercado al dispensario había compartido con Cala una buena ración de los rumores que acompañaban a la llegada de los nuevos inquilinos de la casona de los Somosaguas. Al principio, no les había otorgado mucha importancia, pues no era de carácter chismoso, hasta que llegó un punto en el que los parroquianos no hablaban de otra cosa y acabó siendo partícipe, muy a su pesar, de todo aquel comadreo.

Sin embargo, la algarada que se había formado en su calle sí que le afectaba de manera personal, sobre todo si le obstaculizaba llegar a su propia casa y poner en alto sus cansadas piernas. Con la elegancia que la caracterizaba y sin dejar traslucir la molestia que esta situación le causaba, Cala sorteó vehículos y trabajadores para conseguir llegar hasta la entrada del número dieciocho, una hermosa casa blanca de dos plantas con terrazas floreadas y detalles pintados de azul índigo, sita en una de las esquinas interiores de la plaza. El hogar de la familia Torrealta durante los últimos veinte años.

Una vez dentro, no le sorprendió en absoluto encontrar a sus dos hermanas menores encaramadas a uno de los ventanales del salón, con las cabezas escondidas entre los gera-

nios, apretujadas ambas contra los cierros del balcón para no perder ripio de cuanto acontecía en el exterior.

—Tengo entendido que los nuevos dueños vienen de la capital —comentó Violeta, la más pequeña, haciéndose la interesante.

—¿Y se puede saber quién te ha dicho eso? ¡Si ni siquiera has salido de casa hoy! —quiso saber Azahara, la mediana, con su habitual suspicacia.

—¡Chist! Las paredes tienen oídos —añadió Violeta en un tono cargado de misterio que en realidad pretendía ser una broma—. La verdad es que me lo ha dicho *miss* Lawson —admitió encogiéndose de hombros y otorgándole el mérito a la institutriz—, así que debe de ser cierto.

—Ojalá sean unos prófugos de la justicia —chismorreó Azahara—, o unos amantes que huyen de sus familias.

—Tú siempre con tus fantasías —se burló Violeta.

—¿Y qué otro motivo tendrían para acabar perdidos en este aburrido pueblo en el trasero del mundo? —rezongó la otra muchacha, alejándose de la ventana y tumbándose de manera poco delicada sobre el sofá.

—¡Aza! —la regañó la pequeña—. ¡Si Cala te escuchara hablar así, se te caería el pelo!

—Pero no me ha oído —alardeó con suficiencia.

—Sí que lo he hecho —proclamó la melodiosa voz de la hermana mayor, que las había estado observando desde la puerta del salón, al tiempo que Azahara le echaba una mirada recriminatoria a Violeta—, aunque prefiero hacer como si no.

—¿Has pasado frente a la antigua casa de los Somosaguas? ¿Has visto a los nuevos dueños? ¿Te has enterado de quiénes

son? —preguntó Violeta en retahíla sin disimular la curiosidad que sentía. La muchacha era la más pequeña en edad a pesar de que, a sus diecisiete años, ya había sobrepasado en altura a sus hermanas gracias a la longitud de sus espigadas piernas.

—Sí. No. Y... algo se comenta por ahí —respondió Cala mientras ojeaba el correo que sostenía entre las manos enguantadas, sin levantar la vista hacia ellas—. La verdad es que en el dispensario no se ha hablado de otra cosa en toda la mañana.

—¿Y bien? —quiso saber Aza, que se había incorporado con una gata anaranjada entre los brazos, y estaba tan deseosa de cotilleos como su hermana menor.

—Se apellidan Buenaventura —reveló Cala, que dejaba caer la información con cuentagotas, aprovechándose del evidente interés de sus hermanas—. Han comprado la casa, pero no parece que tengan previsto quedarse una vez que las temperaturas dejen de ser tan cálidas. Supongo que solo la mantendrán como residencia de verano.

—¿Buenaventura? ¿Como los dulces? —preguntó Violeta medio en broma, mientras usaba un dedo para acomodar sus lentes redondas en el puente de la nariz.

—Exactamente. Los mismos Buenaventura cuyas cajas de galletas podemos encontrar en casi todas las despensas del país —respondió Cala fingiendo indiferencia y obteniendo como respuesta un gesto maravillado de la pequeña de la casa, que ella correspondió con un guiño.

—Bueno, entonces solo se trata de un matrimonio de ricos que viene a pasar el verano —se lamentó Azahara—. ¡Qué poco memorable!

—No están casados —añadió Cala.

—¡Vaya! La cosa se pone interesante —cuchicheó Aza con picardía, ganándose un maullido por parte de Rufina.

—¡Qué boba eres! El señor Buenaventura viene acompañado de su hermana.

—Pues entonces no entiendo a qué viene tanto jaleo en la Alameda. ¡Todo me parece tan mortalmente aburrido! —se quejó la mediana.

—Es un viudo joven con una prominente fortuna. En este preciso instante, todas las muchachas de San Servando deben de estar acicalándose para hacerse las encontradizas cuando salgan a dar su paseo de la tarde —vaticinó Cala en tono jocoso.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Violeta a su hermana mayor con sana inocencia, a pesar de que sabía que no debían hablar de asuntos del corazón delante de ella, y ganándose una muda advertencia por parte de Aza.

—Está claro que a mí no podría interesarme menos —respondió Cala en tono apático y monocorde.

—¡Y es una suerte para las demás! —proclamó Azahara—. Porque si nuestra hermana quisiera, las eclipsaría a todas. —Se acercó a ella y la abrazó de forma tan tosca que Cala bufó una queja. A pesar de ser mucho más bajita que sus hermanas, a veces no era consciente de la falta de delicadeza y el ímpetu que imprimía en sus acciones. Y no solo de la física. A sus veinte años recién cumplidos, Azahara Torrealta era todo un huracán desbocado que no acostumbraba a medir ni la pasión de sus actos ni las consecuencias de sus palabras.

—¿Qué hacéis las tres ahí chafardeando junto a la venta-

na? —preguntó sorprendiéndolas *miss* Ophelia Lawson, la institutriz de las muchachas. Había aparecido de forma sigilosa en el umbral de la sala con su singular indumentaria compuesta por pantalones, chaleco y una boina de estilo francés sobre los rizos cobrizos; y estaba allí plantada con la recta nariz pecosa arrugada en una mueca de contrariedad—. Por favor, decidme que no estáis espiando a los nuevos vecinos como el resto de la Alameda. Creía que os había educado mejor.

—¡Por supuesto que no, *miss* Lawson! —se apresuró en contestar Violeta, cuya última intención en la vida sería decepcionar a su mentora.

—En ese caso —continuó la institutriz—, estoy segura de que tanto tú como tus hermanas tenéis asuntos mucho más importantes que atender. Violeta, por fin ha llegado nuestro pedido —informó con una discreta sonrisa en los labios mientras iba a la entrada a por un par de paquetes envueltos en papel de estraza—. La traducción de Alonso Ortiz del *Wealth of Nations* y el original, de Adam Smith, para que puedas compararlos. —La cara de satisfacción de la más joven de las muchachas se hizo evidente mientras recorría la sala con grandes zancadas de sus largas y delgadas piernas. Al tomarlos entre las manos, se granjeó la risita cómplice de sus dos hermanas que, aunque podían llegar a burlarse de su sed de conocimiento, se sentían orgullosas de la pequeña de la familia.

—*Miss* Lawson tiene razón. Yo también tengo cosas que hacer —anunció Aza cuando Violeta y la señorita Ophelia desaparecieron por el pasillo.

—¿Qué cosas? —quiso saber Cala.

—Pues... cosas mías. Te veré a la hora de comer —se despidió guiñando un ojo y, poco después, Cala la vio salir de la casa dando pequeños saltitos, observándola desde la misma ventana por la que minutos antes habían estado curioseando sus dos hermanas menores.

No pudo evitar que la vista le peregrinara de forma involuntaria hasta uno de los ventanales de la antigua casa de los Somosaguas.

Allí, asomada tras los gruesos cortinajes, descubrió la figura de un hombre bien vestido que parecía devolverle la mirada. Fue tal su sorpresa que solo acertó a parapetarse tras los fraileros de madera pintados de azul añil, con el corazón latiendo desbocado y reprimiendo una carcajada cargada de bochorno. Permaneció inmóvil durante varios segundos y luego volvió a asomarse con cuidado para no dejarse ver, esperando poder echar otro vistazo a su nuevo vecino. Sin embargo, ya no había nadie en la ventana. Se preguntaba si él habría alcanzado a verla, y llegó a la conclusión de que era obvio que sí, aunque con tantas mujeres que vivían en su casa, albergaba la esperanza de que si algún día se encontraba cara a cara con el señor Buenaventura, este no fuera capaz de reconocerla como la figona de la ventana.

—¿Te escondes de alguien? —La voz profunda de Práxedes Torrealta, afamado compositor y padre de las muchachas, hizo que Cala volviera a la realidad y se recompusiera del susto.

—No, papá. Solo me despedía de Aza. —Su aspecto desaliñado la hizo estremecerse y adoptar el tono suave y atento que solía emplear con sus pacientes. Práxedes llevaba un batín sobre el pijama de seda, a pesar de ser más de medio-



día; el cabello desordenado y la barba agreste. Sin embargo, el simple hecho de que hubiera salido de su estudio ya era todo un logro.

—¡Así me gusta! Siempre cuidando de tus hermanas —admitió ante su hija, con la mirada cargada de gratitud.

—Tengo una idea, ¿por qué no te das un baño y salimos a dar un paseo? La Alameda se ha despertado hoy oliendo a azahar. Parece que este año la primavera se resiste a marcharse...

—¿Azahar? —Suspiró—. Eso fue lo que enamoró a tu madre de esta casa, ¿lo sabías?

—Sí, papá. Lo sé. De ahí el nombre de mi hermana, Azahara.

—Azahar —repitió Práxedes con la mirada vidriosa y ausente.

—Solo un paseo cortito —rogó su hija—. A lo mejor tenemos suerte y cuando volvamos, podemos contar que ya hemos visto a los nuevos vecinos.

—Hoy no, querida. Mejor lo dejamos para mañana —añadió él, como cada vez que su hija mayor lo instaba a salir de casa, aunque ese mañana nunca llegaba—. Hoy tengo mucho trabajo pendiente.

Y después de hacerle a Cala un leve gesto de despedida con la mano, volvió a encerrarse en su estudio, desde el que hacía ya varios años, justo desde que enterrara a su esposa, que nadie había oído salir ni una sola nota del piano del señor Torrealta.

\* \* \*

Tras la muy comentada mudanza, la paz y tranquilidad acostumbradas volvieron a apoderarse del barrio. Habían pasa-

do varios días y todavía nadie parecía haber tenido el honor de conocer en persona a los hermanos Buenaventura, por lo que poco a poco la Alameda de los Naranjos fue retomando la normalidad. Claro que los cuchicheos aún tardarían un tiempo en perder fuelle.

El primer domingo tras el comentado acontecimiento, las tres muchachas Torrealta, acompañadas por *miss* Lawson, volvían de misa mientras disfrutaban de unos deliciosos barquillos por el camino que, tras jugárselo en la ruleta, habían sido sufragados por la asignación semanal de Azahara. La mediana todavía refunfuñaba por haber perdido, y posiblemente lo haría durante el resto de la semana, aunque las otras la conocían lo bastante bien como para saber que lo que de verdad le dolía no era la pérdida económica, sino el orgullo herido.

La calle Real era un hervidero de actividad lúdica, la propia del día de asueto. Las familias aprovechaban el buen tiempo para pasear, tomar el vermú en las terrazas y formar corrillos en la Alameda. Los niños corrían empujando aros o arrastraban por el suelo rodillos de madera cargados de bolas que tintineaban en su interior y dotaban al paseo de un ambiente casi festivo.

—¡Bonito sombrero! —exclamó Teo Lavalle en actitud jocosa mientras se situaba tras Violeta y le sustraía la prenda de la cabeza. El muchacho, que siempre parecía ir por la vida sin tomarse nada muy en serio, alzaba el sombrero sobre su cabeza con guasa. Las pecas del rostro le chisporroteaban a la luz del sol.

—¡Maldito seas, Lavallo! —bramó la chica visiblemente exasperada, quitándosele de las manos a su mejor amigo de un tirón mientras se ganaba una reprimenda por parte de la institutriz y la risa cómplice de sus hermanas.

—Voy a acompañar a mis hermanos al horno San Honorato para hacernos con las primeras cocas de San Juan, ¿te vienes? —la invitó el muchacho guiñando uno de los vivaces ojos azules y lanzándole una sonrisa pícara, acentuada por la leve separación de sus paletas superiores.

—¿Puedo ir? —preguntó en un ruego Violeta, alternando la mirada entre Cala y *miss* Lawson. Ambas sonrieron con indulgencia y le otorgaron el permiso.

—Pero tienes que estar en casa antes de la hora del almuerzo —advirtió la institutriz.

—Sí, sí. No os preocupéis. —Teo ya la había cogido de la mano y se la llevaba casi en volandas calle abajo para alcanzar al resto de la pandilla.

—¡Y no olvides traer algún dulce para la merienda! —añadió Azahara, gritándole a la figura cada vez más lejana de Violeta—. ¿Por qué os reís? —inquirió ceñuda ante las otras dos, que borrarón las sonrisas de repente, en cuanto vieron aproximarse hacia ellas a la señorita Cienfuegos. Como de costumbre, vestía a la última moda y no le faltaba ni un detalle. Un par de acólitas, de esas que le reían las gracias y le alababan el gusto sin parar, iban un paso por detrás, flanqueándola.

—¡Dichosos los ojos! Si son las Torrealta, ¡qué agradable sorpresa! —mintió la recién llegada con un entusiasmo exagerado.

—Buenos días, Manuela —saludó Cala con el rostro circunspecto.

—No he podido evitar fijarme en el alboroto de tus hermanas vociferando y me he dicho: «Acércate a saludar a la buena de Cala».

—Gracias por el detalle. Si no te importa, ya nos dirigíamos de vuelta a casa —advirtió la mayor de las hermanas; a continuación, las Torrealta intentaron enfilarse su calle, aunque Manuela Cienfuegos interpuso su cuerpo en el camino con disimulo, impidiéndoselo.

—¡Qué lástima! Creía que tendríamos un rato para charlar y ponernos al día. Supongo que habrá llegado a vuestros oídos que hay nuevos inquilinos en la Alameda.

—Así es, pero no hemos tenido el placer de conocerlos todavía.

—Por lo visto, el señor Buenaventura necesita un poco más de tiempo para adaptarse al nuevo vecindario. Por supuesto papá ya se ha reunido con él y se han hecho las presentaciones pertinentes. —El señor Cienfuegos, padre de Manuela, era también el alcalde de San Servando, como ya lo fuera su padre antes que él—. Y por supuesto hemos invitado al señor Buenaventura y a su hermana a mi fiesta de compromiso. —Aunque leve, no fue difícil percibir la turbación que sus palabras habían generado entre las Torrealta y su institutriz. Azahara estuvo a punto de hablar, pero su hermana la agarró del brazo para detenerla—. Por cierto, aún no he recibido confirmación por vuestra parte... vas a asistir, ¿verdad, Cala? A Gregorio se le rompería el corazón si no lo hicieras.

—¡Hay que tener muy poca vergüenza, Manolita Cienfuegos! —explotó Azahara al ver cómo a su hermana se le demudaba el rostro—. Y respecto a Gregorio... dudo mucho

que ese tunante guarde en su pecho nada que no sea su desmedida ambición.

—¡Aza! —intervinieron Cala y *miss* Lawson al mismo tiempo.

—¡Qué grosera! —exclamó Manuela llevándose una mano al pecho—. ¡Deberías aprender de tu hermana y mantener cerrada esa boca!

Por fortuna, antes de que la discusión pasara a mayores, uno de los enormes portones de la calle se abrió con un crujido y, poco a poco, todo el guirigay de la Alameda se fue apagando en un tenue murmullo de curiosidad mal disimulada.

De la antigua casa de los Somosaguas salió un hombre bien parecido; su nariz era prominente, el mentón ancho, los ojos profundos y el cabello bien peinado, ligeramente entrecano en las sienas. A pesar de que no destacaba por su estatura, tenía los hombros anchos y una presencia imponente, de esas que parecen acaparar todo el espacio por el mero hecho de existir. Aunque Cala no era una mujer a la que le gustara dejarse llevar por una primera impresión, no pudo evitar pensar que el señor Buenaventura parecía una persona acostumbrada a que la gente a su alrededor le profesara respeto, si bien ella no sabría decir si este nacía de una genuina admiración ante su regio talante, o por el temor que despertaba su ceño fruncido.

Tras echar un adusto vistazo a su alrededor, haciendo que todos los que habían permanecido atentos a sus movimientos volvieran con reparo a sus conversaciones, aquel hombre demoró su mirada en las muchachas que, también pendientes de su irrupción en la hasta ese momento rutinaria jornada, habían dejado de lado su enfrentamiento. Después se ajustó un elegante sombrero gris de ala enrocada, demasia-

do a la moda para San Servando, y junto a otro hombre que debía formar parte del servicio de la casa, ayudó a que una aparatosa silla de ruedas sorteara el escalón de la entrada para salir al exterior. En ella descansaba una mujer de rasgos marcados y gesto fatigado, que se cubría el torso con un chal a pesar de la cálida temperatura.

Manuela no perdió un segundo, y lanzándole una mirada cargada de reproche a Azahara, que ella correspondió con una mueca de burla, se dirigió directa a ellos para darse a conocer.

—Mejor vayámonos a casa —sugirió *miss* Lawson empujando suavemente a sus dos pupilas.

—¡No es justo! —rezongó Aza—. Nosotras también tenemos derecho a presentarnos.

—Y lo haremos... Cuando llegue el momento —continuó la institutriz—. Pero por ahora lo mejor será alejarse lo máximo posible de la inquina de la señorita Cienfuegos. —Tomó del brazo a Cala, que pareció volver a la realidad después de permanecer varios segundos ausente y con el rostro descompuesto.

Mientras se encaminaban de nuevo hacia su casa, pasaron cerca del grupo que se había formado alrededor de los nuevos vecinos y las Torrealta no pudieron contener la curiosidad de echar un último vistazo. En ese momento, el señor Buenaventura miró hacia las tres mujeres que apuraban el paso y cruzó su mirada ceñuda con la de Cala. Ella se la sostuvo con una pizca de altanería, convencida de que aquel era el mismo caballero al que había sorprendido, aquella primera mañana de mudanza, observándola desde la ventana.

Quería mostrarse más osada que en aquella ocasión y,

justo en ese momento, cuando gracias a Manuela tenía más fresca que nunca en la memoria la humillación a la que Gregorio Sagasta la había sometido, decidió que no volvería a agachar la cabeza por un hombre. Con lo que quizás no contó fue con lo placentera que podía llegar a resultarle la visión del rostro severo y varonil de Mauro Buenaventura.